

NOTA BIOGRAFICA DE CAVIEDES.

(Fragmento de un "Ensayo sobre Caviedes").

Juan del Valle y Caviedes viene de dos pueblos (1). Sus raíces son: de una parte, la hispánica; de otra, la indígena americana. Su desarrollo es la Colonia. O sea que tres elementos reunidos van a dar por resultado el espíritu criollo del autor de "Diente del Parnaso", y esta obra, una corriente literaria vital. Cada raza aporta su esencia y el medio actúa sobre ella dándoles tonalidades nuevas. Dentro del movimiento formativo de un pueblo se van animando los nuevos rasgos en los hombres tipos que traen la obligación de pregonar; hombres cuyos destinos, al criterio griego, es ser los heraldos de los pueblos nuevos.

Caviedes, por un lado, trae a España; por otro lado, al incaico, y desarrolla su vida en la ciudad formada por españoles en tierra incaica. Los datos sobre la vida de Caviedes son muy escasos. Luis Alberto Sánchez dice que su nacimiento fué entre los años de 1652 y 1654 (2). Ricardo Palma no señala ninguna fecha como nacimiento, pero habla de un documento manuscrito de Caviedes encontrado por don Manuel de Odriozola, fechado en 1692

(1) Cuando habíamos terminado de mal hilvanar los datos biográficos de Caviedes, el Director de la Biblioteca Nacional, doctor Carlos A. Romero, bondadosamente nos proporciona noticias interesantes publicadas en el tomo XI de la Revista Histórica, entrega III. Estas noticias dan a saber que Caviedes nació en la Villa de Porcuna, en Andalucía; que fué hijo legítimo del doctor don Pedro del Valle y Caviedes (no dice en qué materia era doctor y de doña María de Caviedes (seguramente parientes entre sí, pues no era costumbre llevar el apellido del esposo). Publica la Revista Histórica la partida de matrimonio de Caviedes con doña Beatriz de Godoy Ponce de León, natural de Huánuco, acto realizado en Lima el 15 de marzo de 1671. Su testamento da a saber que tuvo los siguientes hijos legítimos: Antonio, Pedro, Juan, María Josefa y Alonso.

Con todo lo anteriormente expuesto seguimos considerando a Caviedes como nuestro, por su alma que solamente puede compararse con el Inca Garcilaso, Conelocorbo y Peralta.

(2) Poetas de la Colonia.—Luis Alberto Sánchez. Ventura García Calderón dá la misma fecha en su reciente colección de Literatura Peruana.

(3). Juan María Gutiérrez, prologuista del “Diente del Parnaso”, en la edición de “Flor de Academias” se abstiene de dar fechas y tan solo dice, “nada sabemos de su vida, aunque puede inferirse que ni fué feliz ni tampoco oscura” (4). Mendiburu en su Diccionario, no da fecha (5). En verdad que es bastante triste no poder encontrar la fecha exacta del nacimiento de nuestro biografiado. Ni Menendez Pelayo, que “trabajó con la paciencia de la hormiga” en la literatura americana, ha podido encontrar esa fecha buscada. Javier Prado tan sólo nos dice que Caviedes vivió a fines del siglo XVII (6), lo mismo que ha dicho Carlos Wiese (7), concidiendo ambos con el dato de Luis Alberto Sánchez. Ismael Portal, aquel amante de lo viejo peruano, apunta que en 1681 Caviedes se encontraba muy seriamente afectado de la salud, después de dilapidar su regular fortuna y que contrae matrimonio (8). Si nació, como dice Sánchez, en 1654 tendría 27 años en la época a que se refiere Ismael Portal, edad bastante corta para encontrarse enfermo y acabado; no así para casarse. Bien pudo ser que viviera una vida sumamente agitada ya que el mismo Portal señala la edad de 39 años como la del fallecimiento. Los biógrafos dan a entender lo mismo en las brevísimas notas que presentan. Luis A. Sánchez lo entierra muy joven, considerando que unos versos así lo delatan, cual el cisne que anunciara su fin:

Que no moriré de viejo
que no llegó a los cuarenta.....

y piensa en lo que tardíamente piensan los hombres en su mayoría:

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Nunca, Señor, os he ofrecido el alma.

Es de creer que su vida sería muy corta, puesto que padeció de una enfermedad grave y mal curada, aunque se den casos de enfermos que viven más que muchos sanos. Parece que cuando escribió su “Diente del Parnaso” estaría bien de salud, pues así lo da a entender cuando presenta su obra: “Diente del Parnaso”, guerras físicas, proezas medicinales, hazañas de la ignorancia, sacadas a luz por don Juan Caviedes enfermo que milagrosamente escapó de los errores de los médicos por la protección del glorioso

-
- (3) Flor de Academias y Diente del Parnaso.—Ricardo Palma.
(4) Flor de Academias y Diente del Parnaso.—Juan María Gutiérrez.
(5) Diccionario Histórico Biográfico del Perú.—Mendiburu.
(6) El genio de la lengua y de la literatura, etc.—Javier Prado.
(7) Literatura Colonial.—Revista Universitaria, 1909.—Carlos Wiese.
(8) Nuestros repentistas.—La Prensa, 1917.—Ismael Portal.

San Roque, abogado contra los médicos o contra la peste que tanto mata”. Aunque habría un argumento en contra, y es el siguiente: si Caviedes después de una enfermedad penosa fué curado, no podía atacar de farsantes, verdugos y criminales a los médicos ni a la ciencia; solamente que hubiera sido curado por artes prodigiosas o por un milagro. Quizás dice que se salvó de los médicos, porque se quedó con su enfermedad hasta el fin de sus días, cuestión probable a pesar de su verso:

De cuyos médicos rayos
me escapé en una penosa
enfermedad. . . .

Si su enfermedad fué grave y penosa, el genio que debió tener sería sumamente alegre, retozón y bullicioso para soportar el dolor de una carne enferma y tan sólo mostrar carcajadas e improperios.

Se puede llegar a la conclusión de que la vida de Caviedes transcurrió en la segunda mitad del siglo XVII. Es muy difícil hablar de su familia. Ricardo Palma, sin fundamento, dice que fué hijo de un acaudalado comerciante español (9) y Luis A. Sánchez, se funda en lo dicho por Mendiburu (10) para decir que la madre fué peruana. Debió tener familia en Lima, pues habla de una prima que el doctor Machuca curó enviándola al otro mundo:

A mi prima machucaste,
Machuca, y ya que la ofensa
ha sido contra mi sangre,
la he de vengar con mi rima.

Son los anteriores críticos los únicos que hablan de los progenitores de nuestro biografiado. Palma agrega que fué el padre “acaudalado” para después decir que el hijo fué “poseedor de modesta fortuna”. Podemos creer que sería un comerciante con cierta holgura económica desde el momento en que pudo enviar a su hijo a Europa, donde se radicó y hubiera seguido viviendo si no muere el padre y tiene que regresar prontamente a proteger los bienes dejados. A España se supone que lo hubieran enviado a estudiar, y que el joven Caviedes, más que una vida de “estudioso”, llevaría una vida de “estudiante”, que bien conocemos la diferencia sustancial entre ambos vocablos. De vuelta al Perú, una

(9) Flor de Academias y Diente del Parnaso.—Prólogo de Ricardo Palma.

(10) Diccionario Histórico-Biográfico del Perú.—Mendiburu.

vez en Lima, dueño de un regular patrimonio, y, si creemos en la palabra autorizada de Sánchez, de Portal y de Palma, el joven heredero se dedicó a la fácil tarea de gastar lo que tan difícilmente había ganado el padre quizás. Su carácter alegre, reñido con una universidad estirada, lo llevó por un camino más agradable y más placentero. Así transcurren pocos años, que la vida corta los días de placer y cobra rápidamente su precio. No digamos nada de su enfermedad, de la cual no dudamos ni un momento que la tuviera y que dirigió su vida poética. No fué determinada enfermedad, sino una enfermedad cualquiera la causante de su malestar y de su continua queja.

A don Juan del Valle y Caviedes se le conoce solamente por el último apellido. Habría que pensar que en época como en la que vivió se hacía de los apellidos lo que se antojaba. Muchos escritores famosos llevan los apellidos de sus madres por acomodarse más a un ambiente artístico, o llevan el nombre del sitio en que nacieron como orgulloso recuerdo o como el más cercano apelativo. Nada de raro tiene que nuestro poeta se acorte el nombre en una época en la cual los demás procuraban alargárselo; una de las tantas ironías de nuestro irónico.

Después nos lo encontramos en un cajón de ribera, es decir en una especie de covacha en la cual ejercía el comercio de la compra-venta de libros. De allí le viene el nombre de "poeta de la ribera". El lugar era la Plaza de Armas, delante del palacio del Virrey. Se comprende la vida que llevaría este hombre que gozó un poco de tiempo y que mezcló en su goce el terrible dolor de una enfermedad. Nos parece que sería un individuo burlón y triste a la vez: escéptico, rencoroso y amargado, actitud que a veces se torna muy risueña en el que ha sufrido y no gusta mostrar sus llagas. El hombre que conoce todos los temas, que comenta todos los sucesos, que tiene una frase de crítica para su contemporáneos, el hombre que parece no importarle nada las cosas de la tierra porque o lo ha tenido todo o no ambiciona nada. Ambas actitudes nos parecen místicas. Pero Caviedes no pensaba en la salvación de su alma y muy menos en hacerse santo; pertenecía más a la tierra que al cielo. Si hubiera continuado viviendo quizás hubiera seguido el camino de la contemplación, que aquel que ríe demasiado cercano está del llanto. Caviedes vive en una ciudad en la cual sólo a los ciegos se les puede engañar en materia espiritual, a pesar de ser esencialmente religiosa. Nos figuramos a Caviedes en alma, buscando un refugio para sus dolores; y al contrario, ir al refugio de la burla con su materialización: la risa. El siglo XVII fué un siglo tornadizo, "vago, confuso, caótico, dice Felipe Barreda y Laos. El alma siempre busca lo preciso, lo concreto y por eso llega a la concepción de un Dios

que es principio único, fundamental y por lo tanto sin objeciones y sin dudas. La fé es concreta. Seguramente Caviedes no fué un ateo, ni siquiera un descreído; fué ateo y descreído de su mundo, de la sociedad en que vivía y, sabiendo que su alma estaba libre, hizo reír a su cuerpo y le hizo gozar también, con su castigo correspondiente. Nuestro criollo es tal: el más creyente de los creyentes y el más burlón de los burlones. No quisiéramos pintar a Caviedes con un mal corazón y sin embargo no nos parece lo suficientemente bueno; goza viendo sufrir sobre todo a aquellos que le han hecho algún daño: es vengativo. El hubiera querido que la humanidad muriera de dolor ya que no se podría suprimir íntegramente ese fenómeno. Si Caviedes no se presenta como un escéptico, Diógenes tendría que haberse presentado como un taumaturgo. Habían nacido para protestar, o mirar y reírse. Cristo también vino en busca del hombre y encontrando el dolor supo morir para dar ejemplo: Diógenes no encontró al hombre y se puso a reír ante el dolor porque no pudo darle remedio; Caviedes se encuentra ante este problema y sigue, elegante, el camino del filósofo del tonel. La sociedad en que vivía no se prestaba para morir por ella en la cruz y lo habrían quemado en una pira. Reírse de los hombres no es reírse de Dios, que aquellos tienen libre voluntad para provocar la risa o la estimación. Y como Caviedes no encontró qué admirar, miró de soslayo y la crítica terrible se hizo palabra en su boca. Fué malo como se puede ser bueno: por accidentes; fué malo porque la vida lo trató mal y no nos seguemos al considerar que también él tuvo la culpa por dedicarse a una existencia que nada bueno puede reportar al hombre. Su malevolencia es simpática o se hace simpática a través del tiempo y digamos con Juan María Gutiérrez que: “apesar de las liviandades de la pluma de Caviedes, le tenemos por un hombre honrado; y le haríamos nuestro amigo si viviese recordando que Góngora y Quevedo, autores de composiciones cuya lectura prohíben los padres a sus hijos, fueron de severísimas costumbres, sacerdote el uno, y el otro fa-cedor de milagros, según el testimonio de un biógrafo su contemporáneo”, aunque esto último de las cualidades no podemos decirlo de Caviedes.

La maldad de Caviedes no es la misma que la de Terraya y Landa (Simón Ayanque). Este trata al Perú y a Lima principalmente como un extranjero a la ciudad en la cual le fué mal; Caviedes tiene una malevolencia cariñosa, constructiva, con el perdón de la lógica; Terraya y Landa es más cruel, hiriente y destructivo. Caviedes dice las cosas entre palabras pícaras; Terraya y Landa las dice entre palabras procaces, insultantes. Y es que Caviedes, siendo atrevido, es burlón y liso a la manera de la chismografía, en cambio el otro es vengativo. Caviedes es el espíritu criollo que asoma y

Terraya el extranjero que debe irse. Es por eso que a Caviedes, nacido de padre español y aunque no hubiera nacido en Lima, merece hacerlo Limeño porque es más limeño que la plaza de Armas.

Caviedes muere bastante joven; no llega a los cuarenta años. Pero había vivido el doble. Conoció la vida antes que muchos suelen conocerla y apuró el cáliz precipitadamente. La muerte le llegaría como un momento apetecido, como un deseo cumplido. No sintió terror a la muerte; la trataba como podía tratarse a un congénere. Caviedes no tuvo miedo de morir sino su miedo fué el de sufrir; conocía los dolores de la carne torturada y ese proceso era el que lo llenaba de pavor. Sabía con todo ese maravilloso pesimismo, que la muerte es la puerta de escape de los sufrimientos que el alma irá donde debe ir y el cuerpo a la sepultura. Para llegar a la muerte generalmente existe un camino de padecimientos, tributo que paga la carne por su pasaje en la vida; lo sabía Caviedes y se revelaba ante ese panorama doloroso. A la muerte misma nunca le temió y allí está la dedicatoria burlona a la señora Muerte, en donde aprovecha para hablar mal de los médicos

Muere Caviedes como todos los hombres; además, temblando de miedo al pasar por el temido umbral, ese momento terrible de o quedarse dormido para siempre o despertar temblando, en el infierno, según Jorge Luis Borges. Qué distinta de una filosofía unamuniana en la cual el ansia es el más allá; prolongación y eternidad, y éste, un deseo de saltar sobre un río de fuego, sabiendo que después del salto va a encontrar un campo verde donde reposar las fatigas.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

EMILIO CHAMPION.

